

**QUINTO PREMIO
MICRORRELATO “LOS OTROS”**

AUTOR: MATIAS GONZALEZ



@Ismael Alvarez

Era la primera vez que cogía con alguien en la costa. Eso era lo que él pensaba mientras lo penetraba de parado contra el marco de la puerta que separaba la cocina de la habitación. Era un desconocido, no podía dejar pasar la idea de jugar a la estrella porno, total, en el caso de que algo saliera mal, no se volverían a ver. Realmente no daba crédito a lo que estaba viviendo, ese hombre de metro setenta y cinco, la barba perfecta y ese corte vikingo tan cliché que hacía juego con el pelo en el pecho tan perfecto que, orgulloso, el desconocido dejaba ver por las calles de mar de las pampas. Ese hombre le habló por Grindr y le sugirió tener un encuentro casual, nada de sentimentalismos, ni siquiera los nombres eran necesarios, solo dos cuerpos desnudos con aroma a protector solar rozándose en algún rincón oculto de la mirada ajena intercambiando fluidos y sudor. Allí estaban, él y el desconocido, jugando a ser dos apasionados amantes que estaban seguros de conocerse de otras vidas, que fingían confiar, cabalgándose mutuamente, mirándose fijo a los ojos intentando encontrar en el otro el mismo salvajismo con el que se estaban entregando. Se dejó penetrar por el desconocido, siempre hay una nueva primera vez, pero no había razones en esa historia, solo instinto, solos dos hombres jugando a ser bestias que intentaban aletargar ese deseo que los estaba prendiendo fuego y los iba a hacer explotar. Y explotaron, exploraron y se liberaron y ambos sintieron que nunca se habían sentido tan libres, tan ellos, tan propios como en ese instante. Pero no era algo que se iban a decir, en un encuentro casual no se dicen muchas cosas. Se limpiaron con lo que había a mano y el salvajismo que hacía unos instantes se había apoderado de ellos se iba desvaneciendo, dando lugar a la cordura y a la vergüenza. Hablaron de nada mientras bajaban los ocho pisos por ascensor,

querían decirse lo mucho que habían disfrutado el momento, de cómo les gustaría volverse a ver, pero no había tiempo ni era lugar para esas emociones. Se despidieron en la esquina y cada uno volvió a su lugar en la playa, él se quedó pensando en que nunca se había atrevido a tanto, que, si pudo con esto, si pudo conocer su lado salvaje, podría mucho más, podría ser libre, podría elegir quien quería ser. Llegaría a la playa y les contaría a sus amigos lo emocionante y lo excitante de esa situación. Entró por las escalinatas de todos los días, toco lo arena con los pies desnudos que hoy quemaban diferente, bajo un sol que hoy iluminaba con otra fuerza y al llegar vio, a dos sombrillas a la izquierda, al desconocido, abrazando a uno de sus hijos con los mismos brazos que lo rodearon mientras lo penetraba, besando a su mujer con la misma boca que media hora antes había chupado su sexo.